

Galericía
de campeones
caninos

*Este es el campeón
basta hoy no veni-
do de la raza "Rugg
av Glitre."*

*Maurice of Cud-
dington, el mejor de
los perros "Great
Dane" presentados
en el último concu-
so celebrado en
Inglaterra.*



PÁGINAS
DE
El Día Gráfico.
EXTRAORDINARIAS

Nº 50
13 MARZO
1927

*Los grandes cuadros
de los
Museos Españoles
Retrato de la Princesa
de Orange por Van Dyck
Museo del Prado*



VAN DYCK - 617 - Retrato de Ana de Solms Princesa de Orange Museo del Prado

La novela del domingo

I
Emilio Albert, grueso, bajo, periodista y amigo de la controversia, sentía hacia Susana Dalli-
viers una admiración que iba más lejos que la de nadie. Por eso, cuando René Laroux, adelantando su rostro curtido y requemado por el sol del Níger, donde había vivido muchos años e impadido, unas fiebres infecciosas, dijo que la figura de Susana era bella y armoniosa, pero no clásica, Emilio le contestó bruscamente.

Querido René, el clasicismo no es más que una relación exacta entre lo bello y lo armónico. El cuerpo de Susana está siempre dentro del clasicismo más puro. Cuando usted dijo ayer...

Pero René le interrumpió con no menor brusquedad.

—No pretendo discutir con usted — exclamó, ir humorado —. Sé muy bien que en las discusiones no convence quien más razón tiene, sino quien mejor discute. Yo no soy más que un soldado rudo, mientras usted es casi un artista. No negaré jamás la belleza de Susana; pero negaré siempre el clasicismo de su figura. Una cosa es lo bello y otra es lo clásico. Yo he visto en el Níger, mujeres feísimas, habitantes en cualquiera de las aldeas cafres que rodean a Togo, y aquellas mujeres tenían, sin embargo, una silueta más clásica que la de Susana Dalli-
viers.

Albert sonrió; al oír las últimas frases alzó su semblante, por el que vagaba una expresión burlona, y preguntó:

—¿Mujeres negras?
—Negras, sí, señor! — exclamó Laroux dando un puñetazo en su botaca.

Entonces el periodista musitó, despreciativo:

—Si le gustan a usted las negras no podemos seguir discutiendo.

Y después de hacer un gesto deasco se marchó. René fué tras él con intención de aplacarle. Tenía miedo a Albert, porque sabía llevar las bromas a extremos terribles y se sabía capaz de ir diciéndole a todo el mundo que a él, René Laroux, comandante en el ejército colonial, le gustaban las negras y que prefería una mujer pamá a Susana Dalli-
viers.

Y alcanzó a Albert en la misma puerta de la terraza y reanudó su plática con el periodista, jurándole, bajo palabra de honor, que las negras le producían una invencible repugnancia y que sólo había pretendido burlarse cuando comparó a Susana con las hijas del Níger.

Y es que Susana Dalli-
viers, nacida de padre francés y de madre italiana, podría pasar justamente por un prototipo de belleza.

El pelo de un rubio inverosímil, concluía al llegar a la nuca, donde la carne se tornaba de blanca en traslúcida. La nariz era breve y respingala; los ojos, castaños y húmedos; la boca, roja y fresquisima. Y aquella hermosa cabeza, de una gracia imponderable, empuja de la garganta mejor dispuesta, cuya línea, después de saltar ágilmente sobre la curva del apomión, iba a formar el remanso del pecho.

Moralmente, la Dalli-
viers era más bella aún. Si su cuerpo era un cáliz de castidad, su espíritu era la esencia que contenía ese cáliz. En un altar, Susana hubiese hecho una santa; en un hogar, una mujer abnegada y cariñosa.

El padre, Alberto Dalli-
viers, uno de tantos hombres que a impulsos de una voluntad decidida escalan el éxito y luego la fortuna, había muerto años antes, de

una manera brusca y repentina. Viudo desde la primera juventud de una italiana del Piemonte, dejó deslizar su vida por una senda inmutable y limitada. A la derecha del camino se alzaba la aridez esteparia del trabajo; a la izquierda el campo fértil y fragante del amor a su hija y del re-

Ernesto Bring contaba a la sazón treinta y tres años. Era un hombre exquisito, que se movía con una elegancia británica y hablaba con una elegancia española. Había viajado mucho y conservaba una impresión zootrópica del planeta. En el Níger hizo amistad con René Laroux, y era el

Por las noches, las puertas de su casita de Rivoli abríanse para dar paso a un número incontable de amigos, con los que, en alegre charla, transcurría la larga velada. Eran los de siempre: René Laroux con su hermana Irene, una mujer morena, guapísima, y gran amiga de la Dalli-
viers, con

ban repletos de paseantes y trabajadores; hacia los boulevares, se veía a un gran número de personas que iban de un lado para otro con una actividad malsana.

Y ellos seguían quietos, absortos en la contemplación de su amor.

Habían pasado ya cinco meses desde su matrimonio y ella no vivía sino para él; él no vivía sino para ella. Todo cuanto les rodeaba, todo cuanto veían a su lado, lo hallaban vacío de significación y de sentido. Cuanto no se refiriese a ellos lo hallaban indigno de su atención. Su amor tenía arpegios agudísimos, pero no obstaba para que también tuviese notas dulces, bajas, apagadas. Era un cariño romántico, inefable, dulce, tranquilo y sosegado.

Salieron de París una tarde de junio en que el sol calentaba como en los días más ardorosos de agosto, para dirigirse a Chambery, un pueblo que, tras muchas vicisitudes, habían escogido para pasar unos meses y que estaba escondido entre el ropaje de los montes del Jura.

Habían alquilado un «chalet» reducido, encantador, que abría sus puertas y sus ventanas de madera sobre el valle del Ródano. La vida allí era mansa y callada; de vez en cuando la extensión verde del paisaje era cortada por las líneas verdes y armónicas de otros «chalets». Por los tejados, pinos y lisos, algunas columnas de humo se escapaban para subir rectamente al cielo. En los días en que el sol aparecía acariciarlo todo y en el firmamento no se veía una nube, hacia el Este, más allá de la línea azul del horizonte, se adivinaba la gran masa blanquecina del Mont-Blanc, eternamente tapado por las nieves. En el valle, la atmósfera era casi siempre igual: suave, dulce, tranquila...

El matrimonio salía apenas del «chalet». Habían comprado un gran perro, mezcla de galgo y setter, que se llamaba «Boby», y muchas noches las pasaban en el corredor de la casa, cubierto de una lona roja, lejos de visitas y de amistades enojosas.

De vez en cuando, cada veinte o veinticinco días, Albert les hacía una visita. Pasaba con ellos un domingo, en que les encantaba con su agradable conversación y con las exquisitas muestras de su cordialidad, y desaparecía, prometiendo volver lo antes posible y no sin asegurar que siempre que veía al matrimonio le daban ganas de casarse.

Reían con ello Ernesto y Susana, que le recordaban que todavía no era viejo para hacerlo.

—Cátese usted, hombre de Dios, Cátese, antes que sea demasiado tarde.

Y Albert se marchaba riendo, no sin prometer antes pensar lo que le decían sus amigos.

Una noche, Susana sintió, después de cenar, un pinchazo en el cerebro; fué una sensación momentánea, rapidísima, y, sin embargo, lo suficientemente aguda para que se asustase. Ya en diferentes ocasiones había sentido una especie de debilidad cerebral, algo así como una sensación de vacío; pero lo atribuyó más que nada a falta de ejercicio físico. Organizó, pues, paseos higiénicos; excursiones a diferentes pueblos de los alrededores y, junto con Ernesto, recorrieron muy buena parte de la comarca. Luego se dedicó al alpinismo y escaló algunos picos del Jura; un día decidieron ascender al Mont-Blanc; en Chamonix la expedición tuvo que detenerse veinticuatro horas para esperar a que

final de idilio, por Manuel M. Gargallo

cuerto a la mujer muerta. Y este recuerdo fué siempre para él una lámpara votiva que alumbraba el santuario de su alma.

Una noche—Susana tenía entonces diez y seis años—el padre entró, como de costumbre, a trabajar en su despacho. De repente, algo se rompió en su interior; algo se deshizo allá en lo íntimo. Balanceó su cabeza ligeramente, lanzó un débil gemido, que nadie oyó, y así, sin mayores angustias, cayó muerto.

Fué Susana quien descubrió la muerte, cuando, alegremente, entraba en el despacho a dar un beso a su padre. El golpe desequilibró algún tiempo sus nervios y estuvo enferma, navegando entre la realidad y la inconsciencia. Fué una época horrible en que más de un médico dió por perdido para siempre el sistema nervioso de Susana. Pero su fuerte juventud venció al fin; se repuso y normalizó una vida que ya no tenía para ella horizontes efectivos. Una larga temporada en el campo acabó de devolverla la tranquilidad perdida.

Las antiguas fiestas en el hotelito de la calle de Rivoli, donde los Dalli-
viers habían vivido siempre, se redujeron, desde la muerte del padre, a unas pequeñas reuniones, a las que asistían diez o doce íntimos; el periodista Albert, el comandante Laroux con su hermana, Tristán Jaloux, un escultor, Ernesto Bring...

comandante quien introdujo a Ernesto en casa de Susana... para siempre.

Para siempre, porque el amor de Ernesto con Susana fué algo tan rápido, tan súbito, tan espontáneo, que se dijera que antes de conocerse personalmente ya se habían conocido a distancia, por medio de esa radiación que va de espíritu a espíritu y que nadie se explicará jamás por lo mismo que todo el mundo cree poder explicárselo.

Bastó la presentación, bastó la charla en medio del bullicio de la tertulia, en la que Albert llevaba siempre la voz cantante, para que Susana y Ernesto se compenetraran y se amasen.

Y de su boda guardaron todos un recuerdo amable.

II

¡Cuántas noches pasadas, sentados en la terraza, las manos de ella entre las de él, sus cabezas juntas, contemplando el mágico espectáculo de París de noche! ¡Cuántas tardes pasadas entre los jardines de las Tullerías, divagando, cogidos del brazo! ¡Cuántas mañanas, por fin, dejadas transcurrir en Versalles, como los pacíficos burgueses! ¡Y las escapadas a los alegres cabarets de Montmartre y los paseos en auto por los Campos Eliseos!

la que había ido junta al colegio del Sacre-Coeur; Albert, el periodista; Tristán Jaloux y algún otro que, sin la asiduidad de estos últimos, dejábase ver de vez en cuando.

Así pasaba el invierno y, al llegar el verano, Ernesto y Susana se prepararon a salir de París. Aquel año tenían decidido despreciar las playas de moda para marchar a un pueblecito escondido entre uno de los poéticos rincones de la montaña.

Tejían estos proyectos acodados en el balcón, desde donde se divisaba la cinta gris del Sena, rota en algunos sitios por los puentes de la Concordia, de los Inválidos y de Alma y manchada por los cuerpos de las barcazas y los remolcadores. A la derecha, las frondas de las Tullerías, resonaban movidas por el viento del amanecer; más allá, la aguja perforante de la columna Vendôme desafiaba al cielo. Y hacia la izquierda ibanse cubriendo, sucesivamente, la mole del palacio de Justicia y el Eliseo. Y el obelisco de la estrella y el De Courbevois...

Y Ernesto, estrechando a Susana por la cintura, sentía cómo una felicidad nueva y aguda se le entraba a raudales por el pecho.

Era ya mediodía y el movimiento de la ciudad extraordinario. Multitud de embarcaciones surcaban el Sena, los muelles esta-

concluyese el deshielo, gran peligro para los exploradores, y, cuando comenzó la excursión, Susana tuvo que volverse atrás, porque se sentía incapaz de dar un paso; no tenía fuerzas...

No se atrevió, sin embargo, a decir nada a Ernesto, para evitarle una preocupación, pero en su interior se prometió consultar con un médico en la primera oportunidad que se presentara.

Por aquellos días recibieron un telegrama de René e Irene Laroux, en que les participaban que, atendiendo su amable invitación, decidíanse a acompañarles unos días en su retiro de Chambéry. La llegada de los dos hermanos fué un motivo de verdadera alegría para Susana y Ernesto.

Porque René e Irene eran, para Susana, después de Ernesto, las personas más dignas de consideración y de cariño. Y en este cariño había mucho de agradecimiento, ya que Irene Laroux había sido para ella la compañera buena y cariñosa de la infancia, una de esas raras amigas que se encuentran en los colegios y a la que la Davilliers habíase sentido unida para siempre. Y en cuanto a su hermano René, no hay que decir más que una cosa: él era quien llevó a Ernesto hasta casa de Susana.

Y por ello, cuando Susana Davilliers recordaba que, gracias al hermano de Irene, había conocido a su esposo, el cariño hacia los Laroux iba mezclado con las huellas del agradecimiento más profundo.

Por otra parte, no era menor el cariño que Ernesto profesaba a René, con el que había convivido mucho tiempo. Y en cuanto a su hermana, el cariño iba más allá del sentimiento amistoso. Le conmovía la belleza de Irene y hasta tal punto le agradaba la presencia de ella, que muchas veces Ernesto pensaba que, de no estar tan enamorado como estaba de su mujer, la presencia de la Laroux hubiera sido para él un serio peligro.

Pasaron unos días deliciosos llenos de proyectos, que no llegaban a realizar la mayoría de las veces. Reanudáronse las excursiones pintorescas; los encantos de ver salir el sol en la cumbre del monte; de un atardecer en un valle o de una merienda en el pinar. Susana parecía más fuerte y mejor dispuesta que nunca. Ella era la primera en levantarse para preparar por sí misma el desayuno de sus huéspedes; disponía todo lo concerniente al vivir suyo y al de Ernesto y mostrábase incansable en las jubilosas jornadas de aquellas paseatas por los campos. Parecía más bella y saludable que nunca. Estaba, por otra parte, contentísima de tener a Irene a su lado.

Llegó el día en que los hermanos Laroux dieron por terminada su estancia en Chambéry. Se despidieron alegremente deseando encontrarse de nuevo dentro de un mes en París. Susana y Ernesto les acompañaron hasta la pintoresca estación del pueblo, escondida entre nieves en el invierno y entre los árboles ahora, y desde allí les despidieron con sus pañuelos blancos, que se agitaban en el aire respondiendo al adiós de las manos tras las ventanillas del tren, como el temblor de una paloma herida.

Regresaron a pie hasta su «chalet». Conforme avanzaban por el camino, bordeado de pinos copudos, la luna se remataba en el cielo, y un penetrante perfume de Naturaleza, de campo, ensanchaba los pulmones de ambos. El campo silencioso y tranquilo, parecía dormir.

De pronto, entre unos zarzales próximos, surgió una gran mancha blanca que se abalanzó a Ernesto.

—¡Boby!

Era el galgo, que los reconocía y saltaba a su alrededor. Comenzó a ladrar y él le tapó el hocico con las manos.

Dos pasos más y apareció la silueta oscura del «chalet». Ya llegaban cuando Ernesto notó so-

bre sí el peso magnífico de su esposa.

—¡Susana!

Abrió los ojos desmesuradamente; lanzó un grito taladrante; enarcó su cuerpo en una convulsión indescriptible y abatió hacia atrás la cabeza como rota, como tronchada...

La luna, como un ave fatídica, encaramada sobre un pino, contemplaba la escena.

III

El médico, un hombre corpulento y miope, iba explicando a Ernesto el proceso cerebral de la enfermedad.

—Comunmente pocas mujeres escapan al influjo formidable de esos pequeños agentes transmisores que son los nervios. A cientos encontrará usted casos de histerias, de hiperestésicas y de neuróticas que...

Ernesto se desesperaba, sin comprender, más que confusamente, todo lo que el médico iba explicando.

—Pero ¿crece usted, sinceramente, en su locura?—dijo, al fin.

Tras un silencio penoso el médico habló:

—Tengo la evidencia de ella. Hay motivos fundadísimos que me inducen a pensar así. Lo que no puedo precisar, de momento, son las probables causas del mal. Tal vez lo sea la herencia, tal una impresión demasiado brusca, o el mismo amor...

—¿El amor?

—Sí, el amor. En gran parte de casos sólo el cariño enloquece; la gente ha tomado como un tópico falso la frasecilla de «loca de amor», pero nadie acierta a comprender la verdad de lo que ellos mismos dicen. El amor, conmoviendo brutalmente los nervios, es causa siempre de desequilibrio. Las mujeres que se suicidan porque las abandonó el novio; las que abandonan padres y hermanos por seguir a quien aman, las que manchan su apellido ilustre; todas ellas no son sino locas a las cuales el amor conduce a la anormalidad...

—¿Y usted cree...?

—En este caso—le repuso el médico con cierta brusquedad—ni usted, ni yo, ni nadie sabe a qué atenerse todavía. Cuando la enferma vuelva en sí, ya hablaremos.

Y abandonando la alcoba, donde Susana seguía insensible, se instaló en un sillón del corredor y comenzó a fumar lentamente un habano.

Fueron dos horas de mortal angustia las que sufrió Ernesto. Clareaba ya y una luz grisácea tenía el «chalet», cuando el pecho de Susana se conmovió en un suspiro hondísimo. Ernesto, clavados los ojos en el suelo, tan gloriosos los párpados, no acertó a distinguirlo. «Boby», que, sentado sobre sus cuartos traseros y las orejas muy tiesas, contemplaba a su ama, dió la voz de alarma con un ladrido prolongado. El médico acercóse con toda rapidez a Susana. Esta abrió dulcemente los párpados y paseó la luz de sus pupilas por todo cuanto le rodeaba.

¿Con qué interés científico espió el médico los oscuros ojos, esperando encontrar el problema a resolver!

¿Con cuánto amor, con cuánta angustia lo hizo Ernesto, temblando ante la idea de que en lo profundo de las ideas existiese el mal que suprime el oscuro doñio!

Pero los ojos de Susana no denotaban más que equilibrio, tranquilidad, normalidad...

Y la voz, clara y fresca, parecía corroborar lo que decían los ojos. al exclamar:

—¡Ernesto!

Por encima del hombro de Susana, Ernesto miró al médico, con gesto cohibido.

El médico no esperó más; se fué...

La normalidad volvió al «chalet». Se organizaron nuevas excursiones y la sonrisa tornó a los

labios, pero la paz no tornó a las almas. A cada gesto, a cada movimiento de Susana, Ernesto se sobresaltaba, loco de espanto, esperando de un momento a otro ver aparecer en sus ojos el inquieto destello que le indicase la ausencia de lucidez en el cerebro de su esposa.

Finalizaba ya el verano y las cimas del Mont-Blanc habíanse agrandado. También ahora, en los días serenos y puros, se apercibía su altiva silueta, pero los dos tonos de su composición: azul y blanco, cambiaban poco a poco; el azul comenzaba a huir hacia las faldas y el blanco se enseñoreaba de todo; por allá, por las enhiestas cumbres, ya nevaba...

Algunas noches hacía frío; los «chalets» vecinos comenzaban a quedarse vacíos; todas las tardes las «charrettes» del país recorrían el camino llevando veraneantes a la estación. El verdor de los árboles amarilleaba: unos días más y el invierno cerraría su garra helada sobre Chambéry.

Se hacía preciso el regreso.

Susana, por su parte, se sentía mal. Nada quería decirle a Ernesto, porque nada claro, especificado, notaba. Sus molestias eran un malestar general, vago, indeterminado; a veces un gran peso en la cabeza, una sensación, así como si le doliese el cerebro; otras una angustia en el pecho o en el estómago...

De día tenía siempre mucho sueño y sus pulsaciones eran tan numerosas como irregulares.

En estas condiciones no les convenía el regreso a París, y Ernesto aconsejado por el médico, pensó trasladarse con Susana a pasar el invierno en alguna de las cálidas y soleadas playas del Mediterráneo.

Salieron de la aldea una tarde crudísima e invernal, y eso que apenas había vencido septiembre. El otoño se acusaba helado prólogo de una invernada insoportable. Mientras la «charrette» avanzaba, la tempestad de granizo pendía sobre los campos; fué preciso acelerar el paso y, aún así, llegaron a la estación completamente mojados y cuando la noche había cerrado por completo.

«Boby», el galgo, resistía con mansedumbre el torrente de agua que caía del cielo.

IV

Con las últimas claridades del día muriente Ernesto Bring cerró las gruesas tapas del libro que leía...

El crepúsculo era con sus tintas rojas, proyectadas en las nubes, en los más altos picachos de los montes, y en las ramas de los árboles, un apoteosis sanguinolento del día, una llamarada enorme en la que prendíase el campo inmenso de horizontes difundidos.

Tres colores: rojo, verde y negro, entremezclábanse, confundíanse, para quedar convertidos en uno solo: el negro, envolvente en su poderío, que borra contornos y tonalidades anunciando el reinado de las sombras y de las estrellas que, allá arriba, en un parapadeo furioso, luchaban aún con las postreras claridades diurnas.

Ernesto contempló con tristeza el paisaje ensombrecido, fué advirtiendo el poderío creciente de la noche, y un pensamiento vulgar, pero de intensa emoción en aquellos instantes, cruzó por su cerebro: Un día que muere es una página manchada por los desengaños y por los dolores, una cuenta más desgranada del rosario de nuestras vidas. Hermosa lección de renunciamento y perdurabilidad la que la naturaleza nos ofrece con estas agonías tuyas! Es una lección que el hombre, eterno iluso, no quiere comprender.

La noche es desconocida en las grandes ciudades donde de ella hay sólo un simulacro. A la claridad diurna sucede la luz de los focos eléctricos, del gas, y la vida sigue su curso burlándose de las leyes naturales, con sus mil ruidos, con su ajeteo incesante, y su luchar de pasiones; la misma alga-

rabía, el mismo trepidar bajo casi idéntica luz. Y en esta luminaria ficticia late el temor que a la oscuridad el hombre tiene.

En el campo, la noche es triste y enorme. Calla todo, todo parece muerto... Hay una calma angustiosa en los objetos y en el ambiente. Sólo se escucha el croar de las ranas y el silbo de algún pajarraco nocturno, pero este silencio desgarrado es a veces más pavoroso que el silencio mismo. En el campo, la noche agranda las distancias, hace espectrales a los árboles y llena el alma de un reposo de angustia. El manto de tinieblas se ciñe mejor sobre el campo que sobre la ciudad: lo cubre todo, lo oculta todo y si por alguna cima asoma, serpenteante, la llama de una hoguera. ¡Es siempre tan lejana!

Noche de luna en el campo, es noche de visiones fantasmales. Son estas noches de maleficio en que algún caminante extraviado vió espíritus de personas muertas hacer tiempo, brujas cabalgando sobre escobas y visiones extraordinarias monstruosas de seres mitad humanos mitad fieras. Son noches de leyendas misteriosas, noches de aparecidos, ambiente fácil para que los espíritus crédulos y toscos se turben por el miedo a lo extraordinario.

Noche de invierno en el campo es desolación, muerte, tristeza. Desnudos los árboles, helados los riachuelos; sin luna y sin estrellas, el cielo encapotado, parece que la naturaleza ha sufrido el más terrible de los ataques de los jinetes del Apocalipsis.

Ernesto cerró las gruesas tapas del libro y levantó la cabeza al ruido de la puerta que abríase para dejar paso a Susana.

—Hace dos días que no nos vemos, Ernesto—dijo sollozando temblando las lágrimas en las violetas místicas de sus ojeras—. Ya no me quieres...

Hubo una pausa penosa, que él no se atrevió a interrumpir.

—Yo sé que es mi enfermedad lo que me ha hecho desmerecer ante tus ojos. Tienes miedo; me tienes miedo, crees que voy a volverme loca a cada instante; te ocultas de mí... ¡No mientas! Sé que se ha acabado la felicidad que disfrutábamos antes.

—Te quiero igual que siempre—respondió Ernesto emocionado.—Si te veo menos que antes es porque te pasas el día con Irene; en cuanto a la separación de habitaciones, ya sabes que la ordenó el médico...

Interrumpióse, porque acababa de aparecer Irene, que venía buscando a Susana.

Desde que salieron de Chambéry para venir al pueblecillo de la costa mediterránea donde ahora invernanab, Irene Laroux no se había separado de su amiga un instante. En París tuvo la noticia de que, en vez de mejorar, empeoraba y se dispuso a correr en busca de su compañera de colegio, deseosa de estar a su lado, de cuidarla, de prestarla, en fin, todos esos cuidados indispensables a un enfermo, que ignoran los hombres y los criados. Y allí llevaba ya cerca de cuatro meses.

Pero frente a Susana, cuya belleza marchitábase día por día, Ernesto sintió crecer la honda admiración que tiempo atrás le inspiró Irene. Primero quiso disculparse, considerando que este acrecentamiento debíase más que nada a la admirable conducta de Irene para con su esposa.

No escaparon a la amiga de Susana las amabilidades crecientes, los encuentros casuales, las pequeñas incidencias y las atenciones extremadas que a cada instante tenía con ella Ernesto. Y no trató de atenuar sus efectos, ni concedió importancia a la cosa. Estaba acostumbrada a despertar la admiración entre los hombres y juzgó lógico que Ernesto, que ya en otras ocasiones habíase demostrado devotísimo de ella, le pagara lo que consideraba nada más que como un tributo debido a su persona.

Susana salía apenas de sus habitaciones, retenida muchas veces por dolores neurálgicos que dema-

craban su semblante, agrandando cada vez más el marco morado de las ojeras, donde temblaban los ojos cansados. Estaba pálida y desconocida, pero la razón se mantenía en equilibrio, haciendo de ella la criatura buena y generosa de siempre.

Irene y Ernesto pasaban la mayor parte del día en la gran terraza del «chalet». Ella bordaba casi siempre; él leía los periódicos y contemplaba el cielo. Un día, la labor que ejecutaba la Laroux rodó por el suelo. Los dos se bajaron para recogerla; encontráronse sus manos y permanecieron juntas más del tiempo preciso.

Desde ese día creció para Susana el triste problema sentimental...

Habían transcurrido cuatro meses y la primavera empezaba a anunciarse con su hábito optimista y perfumado. El cielo era más azul que nunca y las nubes, de una blancura deslumbrante, cada vez más escasas. La vida de Susana y Ernesto continuaba en una perfecta desvinculación espiritual y corporal.

Ella se había resignado a ser repudiada por su marido, comprendiendo el terror que la aparición de la enfermedad anunciada inspirábase a Ernesto. Añadíase a este sufrimiento la metamorfosis que notaba en el carácter de Irene. Había cambiado mucho y aunque intentaba disimularlo no era ya con ella la misma de siempre. Presagiaba algo horrendo y un sentimiento de tristeza la cubría toda, como si estuviese tapada por las alas de un pájaro fatídico.

Con la llegada de Emilio Albert, que acudió a visitar al matrimonio, dijérase alejada un punto la niebla que envolvía el corazón de la enferma.

Pasó con ellos una semana, llevando la casa de la alegre cordialidad que exhalaban sus conversaciones amenas y larguísimas. Ya próximo a marcharse tuvo una conferencia con Ernesto y le reprochó su conducta.

El profundo conocimiento de la vida que poseía el periodista, habíale dejado entrever «un algo» que arruinaba la felicidad de Susana. Pero Ernesto supo defenderse tan bien y dió razones tan convincentes, que Albert abandonó el pueblecito pensando si habría sido engañado y aquella cordialidad de su amigo con la Laroux no sería más que una muestra del agradecimiento de Ernesto. Y el periodista acabó casi reprochándose su mal pensamiento.

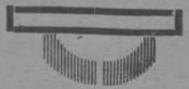
Vinieron otros días iguales, que pasaron dulcemente sobre el pueblecillo de la costa mediterránea, inundándolo de flores de almendro y de canto de pájaros. La naturaleza se mostraba opulenta, como si quisiera derrochar a manos llenas todos sus atractivos, temerosa que de no hacerlo encargaríase el invierno de usurpárselos. Sentíase la alegría de vivir, que contagiaba la vigorosa salud que acusaban seres y cosas.

Susana salió a la terraza y sintió voces.

Irene y Ernesto conversaban en la glorieta con un murmullo apasionado. Los vió claramente a través de las ramas de las palmeras, que se agitaban en el aire con un ritmo perezoso y festivo. Ernesto tenía cogidas las manos de Irene y la hablaba al oído.

Se apoyó en la balaustrada, trémula, hasta golpear con las rodillas los pilares de mampostería. Con los labios entreabiertos, intensamente pálida, era como la imagen de lo irreparable. De rodillas sobre el pavimento se le presentó el recurso del suicidio como un acto liberador.

No lo pensó más. Nadie le vió caer; cayó dulce y blandamente, rompiendo la serenidad del aire con un grito pequeño, que puso una nota cálida en la tarde aromada por el anuncio de la primavera, que ya se presentaba en los pinares próximos y que llegaba con su equipaje florecido.



La Escuela Superior de Física de Sparta ha cregado una serie de cursos representando la lección de ginnasia a través de los tiempos.



Hoy: el simple pero variado deporte.

En la época romana, los atletas, como los griegos de Waterloo y de Carlota, practicando ejercicios.



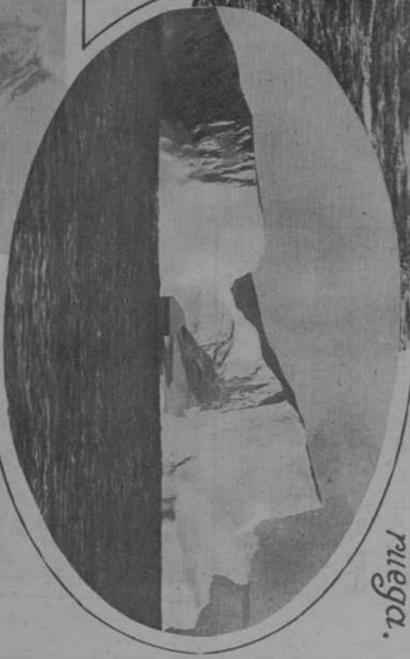
En 1850. Un curso uniforme que no favorece mucho. Marineras: una inclinación para gimnásticas basadas en el uso de la guerra.

Al llegar el buen tiempo, del bloque glacial se desprenden enormes icebergs que navegan a la deriva. Su aparición es un peligro para los buques que hacen travesías entre puertos septentrionales.

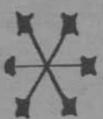


1. Un iceberg espichosamente horadado.

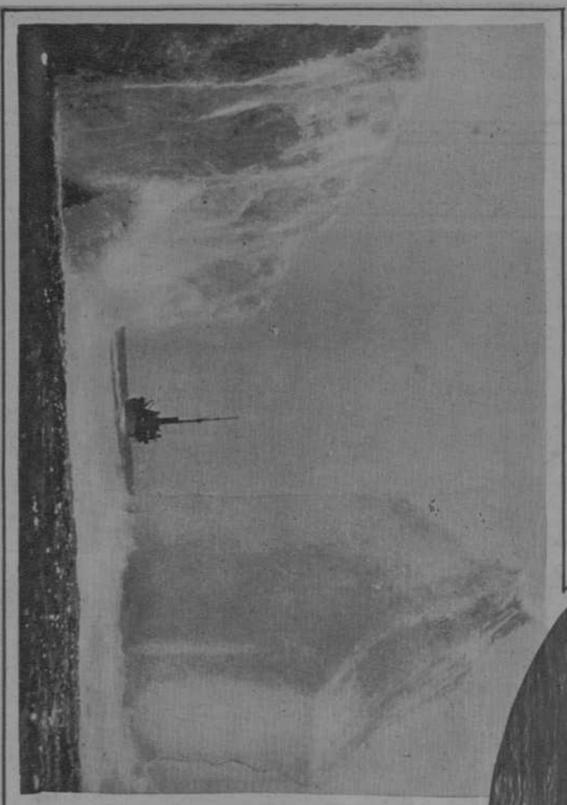
2. Una montaña de hielo en las inmediaciones de la costa noruega.



3. Un témpano coolsal sobre el Atlántico.



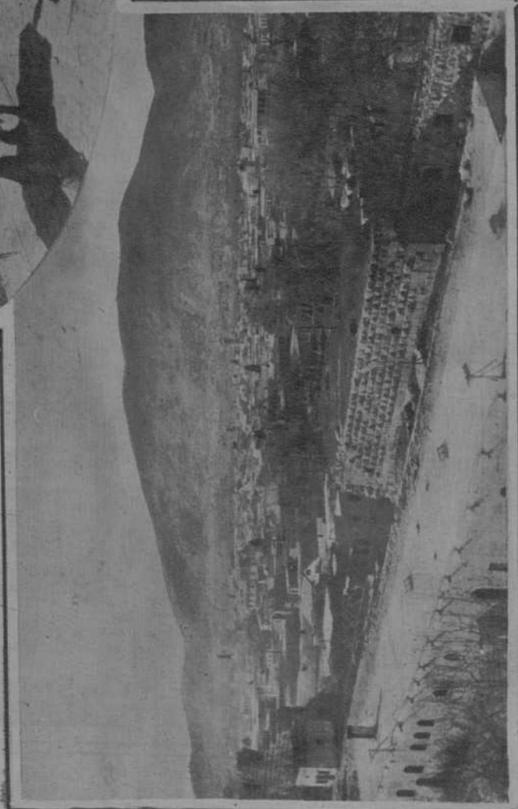
4. Un buque navegando bajo la bandera amarilla.



Damasco
 cuyo solo nombre evoca la
 leyenda oriental, conserva
 todavía no pocos vestigios
 de su grandeza pasada.
 Pero no carece de tram-
 vias, de electricidad, ni
 de teléfono



Un aspecto de la
 población de la que
 emergen los mina-
 retes y las cúpulas
 de los mezquitas.



Una calle
 de Damasco

Vista general
 de la ciudad



Pareja de niños



Un poco de horticultura.



Un Fratellini trabajando en el jardín de su
 casa con un par de colaboradores caninos



Otro Fratellini bejando la escalera
 de su chalet.



Los Fratellini, clones la-
 mogos en París, condeco-
 rados incluyo con la lle-
 gión de Honor, mugirán
 en su vida privada uny
 gylos sencillos y un ca-
 racter jovial.

LES FRATELLINI
 Presentent
Le CIRQUE
 DE RAMON GOMEZ de LA CERNA
 (Traduction de Adolphe Frigaraux)

"En parte!"
 En todo para un numero
 de la gran temporada
 de París. El programa
 es un estudio de los artistas
 que se mueven por la noche en el
 mundo. Se trata de un grupo de
 artistas que se mueven por la noche
 en el mundo. Se trata de un grupo
 de artistas que se mueven por la
 noche en el mundo. Se trata de un
 grupo de artistas que se mueven
 por la noche en el mundo. Se trata
 de un grupo de artistas que se
 mueven por la noche en el mundo.
 LES FRATELLINI

Los Fratellini, no solo hablan y hacen piruetas. Tam-
 bien escriben. Su prólogo a la traducción francesa de
 "Le Cirque" obra de Ramon Gomez de la Cerna, es una
 muestra de buena literatura.



Una japonesa,
sonriendo con la
mas fotografica de
los seaisas

Mujer marro-
qui que se porta
su abundante ropaje
para sonreir al fotografio



Tibetana, de qui-
llos rasgados, hilar-
do su cogo en la qulipia-
mie septentrional de la
India.



Muchacha
checa, belleza
eslava.



Negra, negra aunque no tan hermosa como la
suzanilla del Cantar de los cantares.

¡Mujeres!

Bajo esta invocación se agrupa un grupo
traño de tipos que no todo el mundo se
entretiene a imaginar.
Nos ha parecido interesante de
ofrecer siquiera un fragmento del vas-
to panorama femenino que ofrece la raza
humana.



Belleza de las mareas del Sur, en el archipiélago oceánico



Ciudadanas: grupo de gheisas en un teatro de Kioto